

Carlos Monsiváis: la pausa del cronista

Rolando Cordera Campos

Carlos Monsiváis cultivó con asiduidad una ambición: integrar, mediante una composición gozosa y comprometida, cultura nacional y cultura popular. Remolino y revuelta con reflexión puntual, pero siempre puesta a salvo de la moda o del servicio al poder, gracias a su insobornable convicción del valor que tiene el rigor que no excluye la toma de posición, la crítica arrebatada o el despliegue de la realidad observada para obligarla a abrigar otros juegos estocásticos, otros panoramas a primera vista inconcebibles. Tal es la tarea que Carlos realizó magistralmente.

Tengo la convicción de que en un cierto nivel mi única realidad tiene que ver con la mezcla de una cultura muy tradicional con una cultura moderna, con una revisión del nacionalismo desde fuera, el adoptar naturalmente una mentalidad internacional que es hoy la vigente sin problema, y que hace 30 o 35 años resultaba todavía impostada o singular. Eso sí lo veo con claridad. Fases del proceso cultural, la manera en que formativamente me integro a una vida literaria y cultural en el momento en que las grandes figuras están muriéndose, y queda ahí todavía una sensación cerrada, muy comunitaria a pesar de todo, de lo que es la literatura y la cultura (entrevista con Miguel Ángel Quemain, en www.excentricaonline.com).

Cronista sin reposo, crítico implacable y panóptico, fustigador de los oxímoron que cotidianamente nos asesta el panorama político, social y mental de México; hombre de la cultura y de las letras y fervoroso defensor de la fe laica, que abrevó en la obra de los liberales mexicanos del siglo XIX, quienes le "impusieron" la misión de demostrar la actualidad y el valor de su obra y de su gesta para entender nuestra pérdida de rumbo (y sentido), sobre todo, para trazar un futuro distinto al que nos quiere llevar esta nueva ronda del privilegio que del subsuelo hizo surgir la crisis del Estado posrevolucionario y su corolario funesto: un neoliberalismo recibido por las élites con un curioso sentido de pertenencia, pero cuyo carácter groseramente imitativo, volcado a la adopción del canon más que a su adaptación creativa, lo ha vuelto práctica suicida y conducción corrosiva de un Estado nacional sin centro que lo sostenga.

Monsiváis inevitable: zar de la crónica y dictador implacable de la nota, el ensayo o la investigación. Por más de cincuenta años, Carlos fue (de hecho, lo sigue siendo) motivo amable para acercarse a la cultura, al trabajo intelectual y literario en México. Se convirtió en uno de los mejores registros de los cambios sociales y de las pequeñas conquistas de una sociedad que se organiza y se obstina en no abandonar el ya largo camino a la democracia. Las líneas ágata de su discurso forman un basamento que se alimentó desde el teléfono o internet, los paseos por el

Centro Histórico y la Portales, las visitas a Bellas Artes o las infatigables búsquedas de “antigüedades” y colecciones, la comida rápida y frugal con amigos y... víctimas. Autor (quizá es mejor decir paisajista o fotógrafo) decisivo del México del siglo xx y uno de los críticos más refinados y lúcidos de los desfiguros de los poderes establecidos.

La vida y obra de Carlos Monsiváis son un espejo de las aspiraciones de modernidad en nuestro país: escritor que creyó en las vinculaciones del compromiso político y la imaginación, que apostó por las causas de los desposeídos, que atendió los reclamos de la desigualdad social, que combatió los atropellos del autoritarismo y la soberbia de poderes transsexuales que “cambian” para mejor prolongarse. Sin dar la espalda en momento alguno al respeto, cultivó la cultura, el lenguaje, la ironía. Nuestro autor es, sobre todo, un escritor que renovó la escritura en nuestra lengua, que hizo del humor y el ingenio armas letales contra la estupidez y la prepotencia, y que recuperó los mitos, símbolos, representaciones e imágenes de la cultura popular para otorgarles una dignidad de la que nadie podrá desposeerlos en el futuro. Logró lo anterior desde un ejercicio cotidiano y pleno de la realidad en tanto libro abierto, sujeto a lecturas racionales y rigurosas.

La masa, el pueblo, la muy abusada y mitificada sociedad civil es la arcilla con que este asiduo crítico cultural, que no dejó de hacer vida pública, a través de una ejemplar lectura

crítica de la política, recreó una visión panorámica y detallada de la sociedad. Sus relatos y notas dan cuenta de la marcha de una sociedad perpleja ante sus mudanzas, pero que del cansancio y la humillación del dominio prepotente ha sacado energías para vivir y sobrevivir en medio de implacables adversidades materiales y simbólicas, decidida a cambiar las cosas, más que con un proyecto acabado, a partir de una “terquedad indignada”. Quizá sea pertinente situar los inicios de este aprendizaje colectivo, del que dan cuenta las crónicas de Monsiváis, en el 68, cuando a partir de una profunda indignación va tomando cuerpo una resistencia civil que arranca de una inédita o inesperada defensa de la legalidad, y se despliega en los años que siguen en los derechos humanos, las garantías individuales y el reconocimiento de la pluralidad y las más diversas expresiones del ejercicio de la libertad. Éste es el universo secular que hizo suyo y reivindicó además para la izquierda y el pensamiento progresista.

El movimiento estudiantil había cumplido el mayor objetivo: esencializar el país, despojarlo de esas mendaces capas superfluas de pretensión y vanidad. El movimiento nos había entregado el primer contacto, sórdido y deslumbrante, con una realidad política y social que desde el general Cárdenas había carecido de rostro y se había cubierto con una obsequiosa bruma sexenal. De algún





modo imprecisable, pero no por ello menos tajante, la corrupción y la inutilidad, la ineficacia y la momificación de la estructura del poder en todos los órdenes, se veían ahora más grotescas, más imposibles de justificación, más descaradamente anacrónicas.

El movimiento lo había descubierto: un gobierno no se construye jamás por acumulación de órdenes, por suma indiscriminada de poses fulmíneas. Y esa sabiduría política –mínima si se quiere, más ya esencial e inafectable– se acrecía y multiplicaba ante la vista de esas bayonetas que personalizaban una anonimía implacable, ante esos gritos lujuriosos de quienes veían en los estudiantes únicamente a los vencidos, para ser consecuentes con la idea de política como doma, amansamiento, puerilización colectiva (*La Cultura en México*, 18 de septiembre de 1968).

Monsiváis registró y dio coherencia a los cambios turbulentos en los perfiles políticos, culturales, de consumo y moda, de esas masas que con sencillez y sentido del orden, a la vez, se rebelan. En esta contemplación entusiasta de un pueblo en movimiento, de una sociedad que, como lo dijera Carlos, de todos modos se organiza, podríamos detectar la veta veleidosa a la vez que profunda del populismo monsi-variano. Buscó siempre rescatar para la izquierda el valor

del humanismo y reclamó su afirmación y conservación como seña de identidad irrenunciable de quienes reivindican el valor del pueblo y postulan la reforma para un régimen de creíble y tangible justicia social.

De aquí, por cierto, su interés constante y sus llamados de alarma sobre el papel crucial que la educación y las universidades públicas deben jugar en tiempos nublados, de calma chicha y ominosa, en que el temple se vuelve mala educación y la crítica, impertinencia ante las buenas costumbres. Quizá habría que admitir ahora que los avances del humanismo en México (y el resto del mundo) siempre han dependido de quienes no temen alterar una paz engañosa e impuesta a las conciencias y se arriesgan a decir lo que no se quiere oír. La *pax* priísta quiso dar por resuelto este dilema mediante una conformidad impuesta, gracias al desarrollo logrado pero también a la cooptación, la corrupción o el despojo abierto de los derechos y las libertades.

En el rescate del valor del humanismo, que realiza con su escepticismo proverbial, Monsiváis es inspiración y gana contestataria e irreverente, sobre todo en tiempos como éste, en que la disposición al vasallaje intelectual se encuentra con el sabor del dinero o la falsa ilusión de haberla hecho conforme a las nuevas reglas del solipsismo y el mercado a ultranza. Su escritura reconstruye y reivindica los usos de la memoria. Sus crónicas ofrecen un panora-

ma crítico, puntual y total de la cultura y la vida nacional. Hábil, como pocos, supo “atrapar entre líneas” el momento social, cultural, político o literario y con reflejos rápidos diseccionarlo, analizarlo, replantearlo y, a partir de ese análisis, redescubrirlo y, cuando era necesario, inventarlo.

Cronista por obsesión, agudo “seguidor” de la cuestión nacional (sin sacrificar la riqueza de su diversidad), sabía poner el dedo en la llaga de la honda herida de una desigualdad que marca nuestra historia y mina el presente que nos queda y el futuro que se aleja. Una de sus ocupaciones y preocupaciones: la laicidad. En su libro *El Estado laico y sus malquerientes* muestra cómo los malquerientes de la derecha clerical, a pesar de levantar contiendas y acumular estrépitos, acaban perdiendo una y otra vez. Al respecto, no le preocupaba la “ausencia” de la laicidad en la Carta Magna: “El carácter laico no está en la Constitución, pero tampoco Dios. Si no está Dios en la Constitución, poco me preocupa que no esté explícitamente el carácter laico del Estado”, decía, y recordaba que cuando los constituyentes ponen la palabra Dios, Ignacio Ramírez dijo: “Yo no firmo eso, porque el Estado tiene que ser por fuerza una categoría autónoma”. Por ello insistía en señalar las entregas de dineros públicos (por algunos miembros de la derecha católica incrustados en gobiernos locales y federales) para “obras piadosas”. La devolución de varios millones de pesos que el cardenal Juan Sandoval Íñiguez, ante la presión social, hizo del donativo que el gobernador de Jalisco le entregó para construir un santuario, era un ejemplo que usaba para ilustrar el paso de enemigo a malqueriente.

Por lo demás esta andanada contra el laicismo no es asunto local o nacional, corresponde a la gran campaña del Vaticano, cuyo fin es la recuperación abundante del poder terrenal. Si la feligresía y las vocaciones disminuyen, si crecen las críticas al celibato y a la segregación de las mujeres en el aparato eclesiástico, si resulta tan costoso el impulso de la pederastía, conviene el retorno benéfico a la teocracia. Y el enemigo visible es el laicismo, porque la laicidad es un término infrecuente y no se quiere mencionar a las herejías, vocablo jubilado. Y allí está el laicismo, otro de los peligros para México (en <http://actores-sociales.blogspot.com>).

Ni siquiera el vértigo de las transformaciones incesantes –ha escrito en *Las herencias ocultas. De la reforma liberal del siglo XIX*– vuelve por entero anacrónica la tradición liberal sustentada en la escritura, la búsqueda del conocimien-

to, la tolerancia y el uso de las libertades. Situándonos en un mirador ajeno a las formas de lo políticamente correcto, mal entendido y traducido, podríamos celebrar la vena de la ocurrencia demoleadora que cultivó Carlos, y que algunos han querido usar para menospreciar el valor de su crítica y mirada rigurosa. Sus ocurrencias son manifestaciones espontáneas de un pensamiento robusto, confluencia del humor y la reflexión ilustrada en una prosa que, a partir de un intenso compromiso social y una obsesión incontenible por la lectura, lo llevo no sólo a describir “las formas enredadas –solemnas, divertidas o grotescas– de la vida en sociedad” y también “algunos fragmentos significativos de entrada libre a la historia, instantes de auge y tensión dramática”, sino a poner por delante objetivos incommovibles: “Puedo prescindir de metas, el obispado de Querétaro, la Presidencia de la República, la dirección del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios, pero de metas mayores no. Un buen libro o una película me van cambiando la vida”.

Carlos ofrece un registro permanente de los cambios, avances y retrocesos de quienes han ampliado e inventado unos nuevos derechos mediante el expediente elemental de su reclamo y ejercicio. Por eso, sus textos nos remiten a pensar de otras maneras las ecuaciones que resumen la política nacional, del mismo modo que su savia universalista nos permite recoger la impronta de la globalización. La nación propuesta por su pluma e ingenio requiere dejar de lado no sólo la intolerancia que quiere colarse, al amparo de la democracia penosamente ganada, sino también la insensibilidad de unos tristemente ridículos modernos que confunden modernidad con imitación, libertad individual con imposición de privilegios.

[No me considero] ni doctrinaria ni programáticamente religioso, pero en mis vínculos con la idea de justicia social, en mi apreciación de la música y de la literatura, y en mis reacciones ante la intolerancia, supongo que hay un fondo religioso. Ahora, tampoco me gusta describirme como una persona religiosa, porque la mayor parte de las veces se asocia lo religioso con el cumplimiento de una doctrina muy específica y no es mi caso, pero si lo religioso se extiende y tiene que ver con una visión del mundo, con los deberes sociales, con el sentido de trascendencia, pues sí sería religioso...

Ahora que te lo dije me sentí en falta, porque ya lo que sigue es mi autocandidatura a la canonización y allí sí me detengo (entrevista con Elena Poniatowska en *La Jornada Semanal*, febrero de 1997).

Sarcástico consumado, observador nato del ridículo y el desfiguro:

Creo que el humor involuntario o el ridículo o la pretensión fallida es un desquite del lector, del ciudadano, un instrumento de la revancha cotidiana, si yo no me río de lo que están diciendo desde las alturas del poder acabo creyendo que son efectivamente las alturas del poder [...] fui leyendo declaraciones maravillosas y entonces las citaba o las reconstruía y en 1968, en medio del movimiento estudiantil, una serie de afirmaciones patrióticas me llamaron tanto la atención que inicié una sección que ha perseverado con saltos: “Por mi madre, bohemios”. Cuando un diputado del PRI dice, hablando de la crítica que podía hacerse a la intervención en Tlatelolco: “es preferible morir aplastados por tanques mexicanos que por tanques soviéticos”, te llama la atención, o cuando una agrupación que está en defensa de las instituciones de gobierno se llama a sí misma Asociación de Ex Alumnos de todas las instituciones educativas, es tan maravilloso [...] cuando el general Hernández Toledo en Tlatelolco, un francotirador que luego resultó ser de las Fuerzas de Seguridad, está en el hospital y dice: “Si querían sangre, con la que yo he derramado es bastante”, o cuando el secretario

general de la Juventud de la CTM quedó en su puesto 30 años, dice: “En la CTM somos más marxistas que el papa, te convoca ya inmediatamente a un estado de beneplácito, a un estado de bienestar” (*El Universal*, 17 de septiembre de 2006).

Quizá sean millones de “perlas” como éstas las que llevaron a Carlos a decir: “Generalizo, porque si me da por particularizar el panorama empeora” (al recibir el *honoris causa* de la UAP en 2000).

Para evitar que los nuevos tiempos y rostros de la esperanza mexicana terminen dependiendo de que “el control remoto sea el principio y el fin de la democratización”, o “se estremezcan ante la cimitarra de la economía”, quizá sea indispensable dejar atrás la cultura entendida como un adorno siempre prescindible de los diferentes gobiernos, o como un proyecto que nunca termina de dejar las alturas. Habría que plantear, más bien, una reforma basada en la restauración de los puentes naturales entre política y cultura... la pausa del cronista. La memoria de nuestro más agudo y comprometido intelectual público al estrenarse el nuevo milenio. Nos va a hacer falta. Para subsanar su ausencia no queda sino releerlo y con su memoria estallar a carcajadas, laicas y *non sanctas*, remisas y herejes.

